

EL ENTRIPADO

Marcos desde pequeño amó jugar al fútbol, su club fue siempre Estudiantes de La Plata. Amaba los colores rojo y blanco de la camiseta de "El Pincha". Se conocía la historia del club mejor que las tablas de multiplicar. Soñaba con jugar en el estadio del bosque; pero los entrenadores lo probaron en todos los puestos y no dio en ninguno. Para arquero le faltaba agarre y para jugador, técnica.

Así y todo no se dejó vencer y le buscó la vuelta, no podía jugar pero sí dirigir y fue así que hizo los cursos de árbitro hasta que un día recibió el diploma y pudo empezar a integrar las listas en la AFA para estar en las grandes ligas.

Decir que estaba emocionado era quedarse corto, el día que tuvo su título de árbitro lloró y salió a festejar cuatro días seguidos. No veía la hora de que lo llamaran para dirigir el gran clásico platense: Estudiantes de La Plata versus Gimnasia.

El día llegó. No le tocó, por ser nuevo, dirigir como árbitro titular pero sí le dieron el puesto de ayudante de campo. El evento fue el sábado veinte de marzo, cuarenta grados a la sombra, las tribunas de su club estaban colmadas, las banderas coloreaban el paisaje en rojo y blanco, los leones rugían en el campo de juego. Las trompetas y la hinchada entonaban los cánticos de su equipo favorito.

Del otro lado, el del visitante, estaban los colores azul y blanco, con banderas y figuras del lobo, que caracteriza a los de Gimnasia de La Plata.

Marcos no cabía en sí de la emoción; eligió muy bien su vestuario: camiseta naranja, shorts negros, botines blancos con cordones fluorescentes.

Cuando sus compañeros entraron al vestuario para informarle que ya salían, lo vieron desbordado de alegría y emoción.

-¿Estás bien? -Le preguntaron

- Perfecto, como nunca. -Respondió. Vamos muchachos salgamos a dirigir este clásico en la divina ciudad de La Plata.

El momento de pasar por la manga hacia el campo de juego se le hizo eterno, sentía que el corazón se le escapaba por la boca, le faltaba el aire, empezó a sudar, las manos y las piernas le temblaban. Julián, el referí; y Juan, el otro ayudante de campo, se miraron sin entender muy bien qué le pasaba.

Los relojes se pusieron en hora, el silbato pitó y el juego comenzó. Marcos corría de lado a lado por toda la cancha bien cerca de las jugadas para que ningún detalle se le escapara al momento de tener que marcar una infracción. El calor con la corrida se hacía más agobiante y se le hacía dificultoso poder respirar.

Pasada media hora de partido, el árbitro interrumpió el juego para que los jugadores se refresquen y tomen agua, él con sus ayudantes incluido. Al costado del campo, Marcos vio un bidón con lo que parecía ser agua y tan deshidratado estaba que, sin detenerse a preguntar, se lo tomó todo.

Terminado el tiempo de gracia, se reanudó el partido, los jugadores salieron a correr la pelota y Marcos los seguía de cerca; de pronto comenzó a sentir un horrible malestar en el estómago, las tripas le hacían mucho ruido y le vinieron unas ganas incontenibles de ir al baño pero no podía abandonar el campo de juego. Siguió moviéndose cada vez más lento, pues pensó que si se relajaba un poco el malestar pasaría, pero no fue así; los retorcijones en los intestinos se hicieron cada vez peores, en un momento se puso en cuclillas para contener las irrefrenables ganas de ir al baño, el sudor le corría por la frente y ya no era de calor, comenzó a nublársele la vista, sintió náuseas y mareos.

Estaba en ese terrible momento cuando el referí lo vio y con una mirada reprobatoria le hizo señas de que se parase, Marcos tenía ganas de decirle que tenía la necesidad imperiosa de abandonar el campo de juego para ir al baño, pero no le pareció adecuado.

Pasado un tiempo prudencial de contener semejante malestar se dio cuenta de que ya no podría controlarlo más, levantar el banderín para marcar las posiciones adelantadas o fuera de juego y correr al ritmo de los jugadores le demandaban un esfuerzo sobrehumano.

Fue así que en una jugada crucial de su equipo querido, y tratando de contener lo incontenible, movió el banderín marcando una jugada contraria a lo que era y el referí que no había visto qué pasó confió en su determinación anulando lo que sería el gol de la tarde. Los jugadores se enfurecieron, se le fueron encima como para matarlo: “¿Qué hiciste?!” -Le gritaban- “¿Qué marcaste?!”. No supo qué decir, sólo se disculpaba, no podía estar pasándole esto, no ese día, no con su querido Estudiantes de La Plata.

El referí se acercó al tumulto, sacó un par de tarjetas amarillas para aquietar a los jugadores y volvió a mirar aprensivamente a su ayudante de campo, que en vez de ayudarlo lo estaba complicando. Marcos suavemente le pidió: “Necesito retirarme del campo”, pero el árbitro no lo escuchó entre tanto grito.

El momento terrible al fin llegó, todo se desencadenó en un minuto, y fue cuando al marcar off side levantó violentamente la banderita y sintió una sensación horrible, mientras imploraba: “por favor que no haya pasado, que no sea lo que creo”, pero no tuvo dudas, lo peor había pasado y la vergüenza lo invadió.

Cómo iba a continuar los minutos de partido que quedaban hasta poder ir al vestuario. Tomando coraje, respiró profundo y se alentó: “Marcos, a lo hecho pecho”: y siguió corriendo de lado a lado y marcando como nunca las infracciones, ahora repuesto del estómago, pero con una mancha imposible de disimular. Y así, estoicamente, terminó el juego y se retiró a los vestuarios ante la mirada azorada de sus compañeros, las risas burlonas de los jugadores y la hinchada de Estudiantes, que enconados con él, por el full mal cobrado, le cantaban a su paso: “acá está la hinchada, la del Pincha rata, al que vos bombeaste, y le hiciste mal, acá está la hinchada que nunca perdona, y te dice Marcos te cagaste todo, te querés matar”.